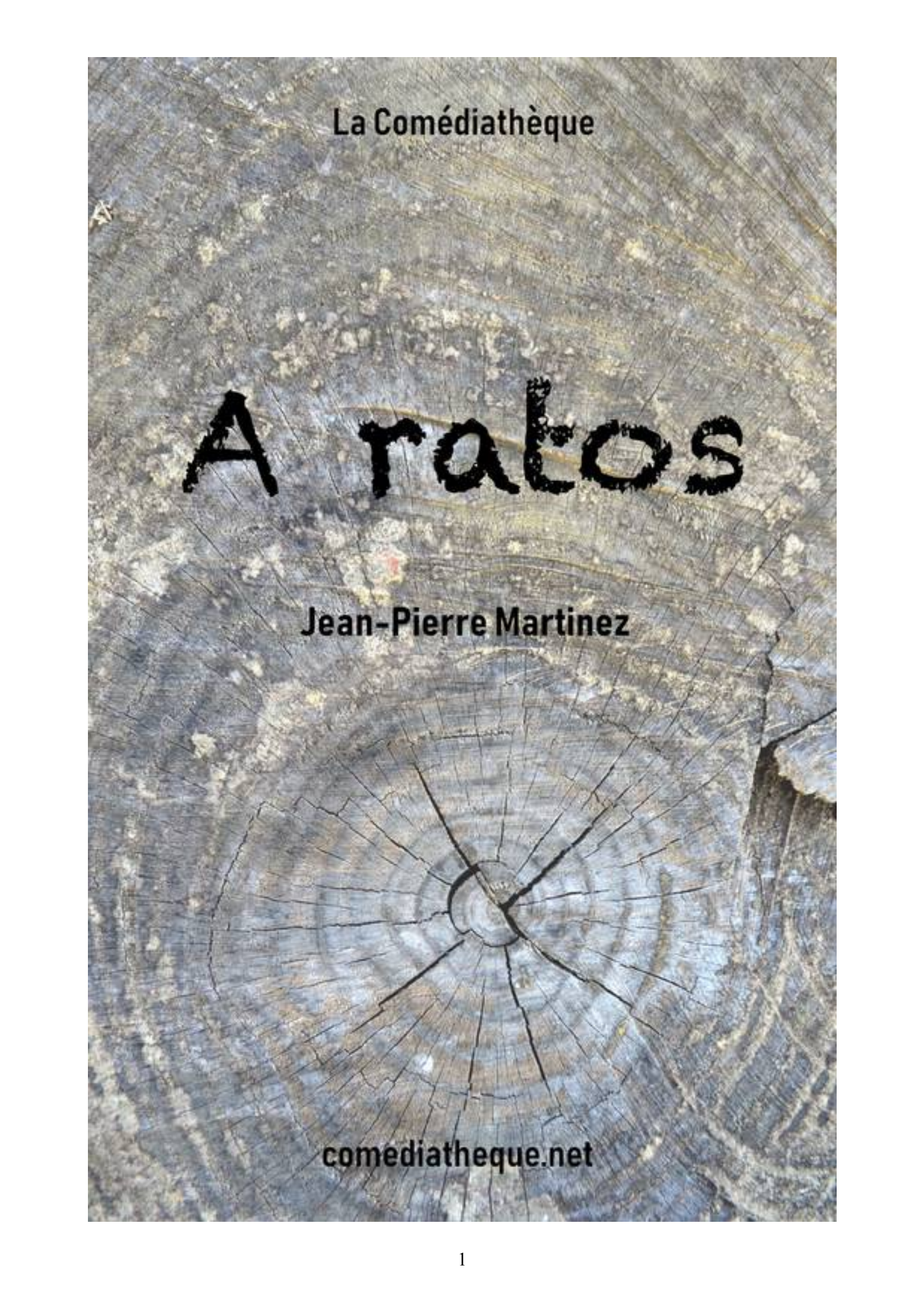




La Comédiathèque

A ratos

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

A ratos

Jean-Pierre Martinez

*Desde la prehistoria hasta el fin del mundo,
algunas instantáneas de nuestras insignificantes vidas.*

Comedia en doce sketches

- 1 – El fuego sagrado
- 2 – Cine en casa
- 3 – Hacerse mayor
- 4 – Torrijas
- 5 – La puerta
- 6 – Doble salón
- 7 – Aquí la Tierra
- 8 – Inspección técnica
- 9 – Esperar
- 10 – El cuadro
- 11 – Matrícula de honor
- 12 – Los fantasmas

Reparto

24 personajes

El reparto es muy flexible en número y género.
Cada intérprete puede asumir varios papeles y todos los personajes
pueden ser interpretados por hombres o mujeres.
De 2 a 24 intérpretes.

© La Comédiathèque

1. El fuego sagrado

Ella aparece casi desnuda, con una bolsa de piel colgada del hombro. Él entra poco después, igual de ligero de ropa y con otra bolsa. Al principio podrían parecer dos veraneantes en la playa. Él quiere acercarse, pero no se atreve. Finalmente se decide.

Él – Disculpe, ¿tiene fuego?

Ella – Sí, claro...

Ella rebusca en su bolsa y saca dos piedras grandes, parecidas a sílex. Empieza a golpearlas una contra otra. Sin mucho éxito.

Ella – Perdón, todavía no domino del todo las nuevas tecnologías...

Él – No pasa nada, ¿sabe? Yo tampoco soy muy...

Sin escucharlo, vuelve a intentarlo. Nada. Cada vez más nerviosa, golpea las piedras con una fuerza casi histérica.

Ella – ¡Joder...!

Él – De verdad, ¡déjelo! Puedo arreglármelas de otra manera...

Ella recupera la calma, deja de golpear las piedras y las guarda en la bolsa.

Ella – Lo siento muchísimo...

Él – No, por favor... Podría haberse hecho daño...

Momento de incomodidad.

Ella – Y el fuego... ¿para qué era?

Él saca de su bolsa un pequeño animal de peluche bastante bien imitado.

Él – Para cocinar esto.

Ella – Ah, claro...

Él – Ya sé, no es muy grande, pero... es lo único que encontré.

Ella – Ya veo... Y entonces...

Él – Dicen que la carne se digiere mejor cuando está cocinada. O eso he oído...

Ella – Bueno, se dicen tantas cosas... Hasta ahora hemos comido carne cruda, y nadie se ha muerto.

Él – Por lo menos, nadie se ha muerto por eso.

Ella – Entonces... usted es cazador-recolector.

Él – Sí... Bueno, soy más de recolectar que de cazar.

Ella – Sí, ya... Me lo imagino.

Él – Estoy seguro de que algún día llegaremos a eso.

Ella – ¿A qué se refiere?

Él – Un día dejaremos de comer carne, ya verá. La fruta y la verdura son mucho más sanas.

Ella – Yo, personalmente, intento comer al menos cinco al día.

Él – Además, son más fáciles de atrapar que los animales.

Ella – Sí...

Ambos se ríen un poco tontamente.

Él – Bueno, entonces yo... mejor me voy...

Ella – De acuerdo, sí... Y otra vez, perdón por lo del fuego.

Parece que a ninguno de los dos le apetece despedirse. Él sigue sujetando el animalito por la cola y vuelve a lanzarse.

Él – Y si no... me preguntaba... ¿qué hace a mediodía?

Ella – Nada en particular... Estaba mirando las nubes... Para matar el tiempo.

Él – Ah, sí, las nubes... Es que estaba pensando... que quizá podríamos comer juntos...

Ella – ¿De verdad cree que hay suficiente para dos...?

Él mira al animalito, dubitativo.

Él – Ah, no, pero... también tengo verduras.

Saca de su bolsa un puerro pequeño y se lo enseña.

Ella – Ah, sí... Genial... Para acompañar el...

Él – Comer demasiado... tampoco es bueno para la salud.

Ella – Es verdad... Bueno... entonces, de acuerdo.

Él – Vivo aquí al lado, si le apetece...

Ella – Entonces... ¿es nuevo en el barrio? Como nunca nos habíamos cruzado antes...

Él – He encontrado una cueva muy cerca. No entra mucha luz, pero tiene unos techos altísimos.

Ella – Y además muy céntrica.

Él – He hecho algunos dibujos en las paredes del fondo, para alegrar un poco.

Ella – Ah, ¿también es artista?

Él – Bueno, estoy empezando... ¿Le gustaría verlos?

Ella – ¿Ver qué?

Él – ¡Mis pinturas rupestres!

Ella – ¡Ah, claro! ¿Por qué no? ¿Qué representan?

Él – Yo, peleándome con una ensalada.

Se ríen otra vez.

Ella – Y... ¿cómo se llama?

Él – No lo sé. No suelo llamarme a mí mismo. ¿Y usted?

Ella – Yo tampoco...

Él – Bueno... ¿Entonces vamos?

Ella – Tiene razón, será mejor darnos prisa, porque creo que va a caer un chaparrón.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – Cuando se acumulan muchas nubes, después suele llover. ¿No se ha fijado?

Él – No, pero... ahora que lo dice. Entonces, usted sería más bien una científica, ¿no?

Ella – Sí, bueno... intento observar el mundo que me rodea. También escuchar a mi cuerpo...

Él – De acuerdo... Y... ¿ha hecho otros descubrimientos interesantes?

Ella – Ya verá, le voy a sorprender...

Salen.

2. Cine en casa

Ella está hojeando la cartelera de cine. Él llega.

Ella – ¿Qué tal el día?

Él – Bien, pero estoy hecho polvo. ¿Y tú?

Ella – Lo de siempre... ¡Pero por suerte ya es viernes! ¿Qué hacemos esta noche?

Él – No sé. ¿Tú qué quieres?

Ella – Podríamos ir al cine.

Él – Vale... ¿Qué hay ahora en cartel?

Ella – Hay una película coreana en un cine del centro. Tiene unas críticas estupendas. Eso sí, dura dos horas y cuarenta minutos.

Él – Genial... En versión original, supongo...

Ella – Por supuesto.

Él – ¿Coreano del Norte o coreano del Sur?

Ella – ¿Por qué? ¿Cuál de los dos idiomas dominas mejor?

Él – Ninguno, pero... puestos a elegir, el acento del sur siempre es más musical.

Ella – De todos modos, dudo mucho que en Corea del Norte tengan suficiente celuloide para rodar dos horas y cuarenta minutos.

Él – Mejor...

Ella – También hay una película polaca que me ha recomendado una amiga. Dicen que está muy bien.

Él – ¿Polaca? ¿De qué va?

Ella – Un virus que se extiende por todo el planeta y obliga a la gente a quedarse encerrada en casa. Imagínate las consecuencias para la vida en pareja...

Él – La ciencia ficción no me gusta mucho... Y la ciencia ficción polaca, menos todavía...

Ella – Ya veo...

Él – Y, entre nosotros... salir de casa para ver en pantalla grande a gente que se aburre en la suya... Y encima, polacos.

Ella – Di de una vez que no te gusta el cine de autor.

Él – No es verdad. Kieslowski sí que me gustó. Él es polaco, ¿no?

Ella – Sí.

Él – El Decálogo, por ejemplo. Me acuerdo perfectamente. ¡Vimos los doce!

Ella – ¿Los doce, crees?

Él – ¿No los vimos todos?

Ella – Solo hay diez.

Él – ¿Seguro?

Ella – El Decálogo.

Él – Ah, vale, puede ser. En cualquier caso, los vimos todos.

Ella – Fue hace mucho tiempo... Cuando nos conocimos. Aún vivíamos con nuestros padres, y pasábamos la mitad de la sesión besándonos...

Él – Tienes razón. Seguro que de ahí me viene mi pasión por el cine polaco.

Ella – Del resto, no creo que recuerdes gran cosa. Ni yo tampoco, la verdad. Leer subtítulos mientras te estás dando el lote con el de al lado... A menos que seas contorsionista...

Él – En cualquier caso, a mí me gustó mucho.

Ella – ¿La película o...?

Él – Las dos cosas.

Ella – Entonces, ¿el cine? ¿Lo hacemos o no?

Él – Un viernes, habrá bastante gente, ¿no?

Ella – Sí... Es el día en que la gente que trabaja sale al cine.

Él – Y ahora que podemos besarnos tranquilamente en casa delante de la tele, ¿para qué ir al cine?

Él se acerca a ella y la abraza.

Ella – Besarse en el cine nos rejuvenecería un poco. En cualquier caso, nos cambiaría...

Él – Ya, pero si es para no ver nada de la peli... y que dentro de veinte años me lo vuelvas a reprochar.

Ella – Vale, has ganado. Entonces, noche de tele en casa.

Él – ¿Qué ponen interesante?

Ella mira una revista de televisión.

Ella – Mira qué curioso...

Él – ¿Qué?

Ella – En un canal cultural están reponiendo íntegro El decálogo de Kieślowski.

Él – Ah, sí... Pero como ya los hemos visto...

Ella – Te recuerdo que no los vimos precisamente en condiciones ideales.

Él – Ya, pero... el cine en la tele no funciona, ¿no?

Ella – Vaya, qué mala suerte.

Él – ¿Por qué?

Ella – Esos diez filmes de Kieślowski estaban destinados inicialmente a la televisión polaca. Por eso duraban menos de una hora y en el cine los proyectaban de dos en dos.

Él – Pues ya decía yo que nunca entendía qué tenía que ver el final de cada sesión con el principio. ¡Es que eran dos películas distintas!

Ella – Exacto... Y como en general, después de sobarme durante la primera media hora, te quedabas dormido antes del segundo film...

Él – Tenías que quererme mucho.

Ella – Y tú también... para dejarte arrastrar cinco veces seguidas al cine a ver diez películas en polaco. ¿Y aún me quieres?

Él – Como el primer día del primer film de Los diez mandamientos.

Ella – ¿Y te acuerdas al menos cuál era?

Él – ¿Cuál?

Ella – El primer mandamiento.

Él – No, de eso tampoco me acuerdo.

Ella – No tendrás otro Dios que yo.

Él – Te lo prometo, no tendré ojos más que para ti.

Ella – Amén.

Él – ¿Puedo besar a la novia ya?

Ella – Espera al menos a que encienda la tele...

3. Hacerse mayor

Dos niños (que pueden ser interpretados por adultos).

Uno – Y tú, ¿qué quieres ser de mayor?

Dos – De mayor quiero ser muy grande.

Uno – ¿Muy grande? ¿Grande hasta cuánto?

Dos – No sé... como dos metros ochenta, ¿sabes?

Uno – ¿Dos metros ochenta?

Dos – Más alto que mi padre, vaya.

Uno – ¿Y cuánto mide tu padre?

Dos – Dos metros setenta, más o menos.

Uno – Ah, vaya... ¿Y tu madre?

Dos – Un poco menos, creo. Unos dos metros sesenta, quizá. ¿Y el tuyo, cuánto mide tu padre?

Uno – ¿Mi padre? No sé...

Dos – Más o menos.

Uno – Creo que unos dos metros cincuenta.

Dos – Ah, sí... No es muy alto.

Uno – No... *(Pausa)* ¿Seguro que tu padre es tan alto?

Dos – Seguro... *(Pausa)* Mi madre siempre dice que mi padre es «un gilipollas muy grande».

El otro le lanza una mirada perpleja.

Uno – ¿Y a ti cómo te llama tu madre?

Dos – A mí me llama «un gilipollas pequeño».

Un momento.

Uno – No te preocupes. Algún día nosotros también seremos unos gilipollas muy grandes.

4. Torrijas

Están los dos, con aire de no saber qué hacer.

Ella – ¿Y si hacemos unas torrijas?

Él – Ah, sí... ¿Por qué no? Buena idea. Pero... ¿tenemos pan duro?

Ella – ¿Pan duro? Pues no, creo que no...

Él – Bueno...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – ¿Quieres que vaya a comprar?

Ella – ¿Pan duro?

Él – Pan fresco.

Ella – ¿Crees que también se pueden hacer torrijas con pan fresco?

Él – ¿Por qué no?

Ella – No sé... Nunca lo he probado.

Él – Si están buenas con pan duro, con pan fresco deberían estar todavía mejor, ¿no?

Ella – ¿Tú crees?

Él – Aunque, pensándolo bien... Las torrijas se hacen precisamente para aprovechar el pan que se ha quedado duro.

Ella – Claro... Se hace con pan que, de otro modo, acabaría en la basura. Un pan que se habría echado a perder.

Él – Eso es... Para no desperdiciar la comida, mientras hay tanta gente que muere de hambre en el mundo.

Ella – Entiendo... Había perdido de vista la dimensión moral de las torrijas.

Él – En realidad las hacemos para ponernos morados, porque nos encantan, pero con la excusa de no desperdiciar comida. Lo de las torrijas es muy jesuítico, en el fondo.

Ella – Yo solo quería comer unas torrijas.

Él – Los católicos tienen realmente un problema con el pan.

Ella – ¿Ah, sí?

Él – El pan de la eucaristía es el cuerpo de Cristo, ¿no? Una especie de pan perdido... y redimido.

Ella – No sé... Podríamos preguntarle a la vecina.

Él – ¿Es católica, la vecina?

Ella – ¡Preguntarle si tiene pan duro!

Él – Ah, claro...

Ella – Pues sí...

Él – Sinceramente, ¿te imaginas pedirle a la vecina si nos puede dar su pan duro?

Ella – No.

Él – Si tuviéramos conejos, todavía.

Ella – ¿Los conejos comen torrijas?

Él – ¡Los conejos comen pan duro!

Ella – No lo sabía.

Él – En el campo guardan el pan duro para dárselo a los conejos. Así no se desperdicia nada. Y después se comen los conejos...

Ella – Entonces, ¿en el campo no hacen nunca torrijas?

Él – Los que no tienen conejos, quizá.

Ella – Y yo que creía que las torrijas eran cosa de abuelas...

Él – De abuelas que no tienen conejo, al menos.

Ella – Bueno... ¿Nos olvidamos de las torrijas?

Él – Comprar pan fresco para hacer torrijas... sería completamente inmoral.

Ella – Sí... como dar pan fresco a los conejos.

Él – O echarle mermelada a los cerdos.

Ella – Pues yo voy a ir a la panadería. Compraré dos barras.

Él – ¿No es un poco demasiado?

Ella – Así mañana tendremos pan duro.

Él – ¿Ves? Siempre hay una solución al final. Ya que vas a comprar, mira si aún tenemos huevos.

Ella – ¿Huevos...?

Él – Para las torrijas.

Ella – ¿Huevos frescos, quieres decir?

Él la mira, un poco preocupado.

5. La puerta

Ella está allí, con un vaso de café en la mano. Él aparece con otro. Se saludan con una sonrisa apenas esbozada y beben en silencio.

Ella – Este café sigue estando igual de asqueroso.

Él – Sí... Pero hoy, para mí, tiene un sabor especial.

Ella – ¿Ah, sí...?

Él – Es la última vez que lo tomo.

Ella – ¿La última vez...?

Él – Es mi último día. Esta noche ya estaré jubilado.

Ella – Me ha dado un susto... Pensaba que, después de terminar su vaso, iba a tirarse por la ventana para protestar contra la calidad del café en esta empresa de mierda. Aunque, fíjese, quizá eso les habría convencido de cambiar la máquina.

Él – Lo siento, me temo que esa máquina seguirá aquí mañana.

Ella – Estaré condenada a seguir bebiendo este aguachirri. Y encima me quedaré sin el placer de su alegre conversación.

Él – Es la primera vez que coincidimos. No me diga que es su primer día aquí.

Ella – Trabajo en la otra parte del edificio, para sus antiguos competidores. Han quitado la máquina de café para ahorrar...

Él – Ya veo...

Ella – Tranquilo, era exactamente la misma máquina, y el café era igual de imbebible.

Él – Debe de ser un monopolio. Como las máquinas tragaperras...

Ella – ¿No lo va a echar de menos? Levantarse todos los días a las seis, pasarse una hora en el transporte para venir aquí, aburrirse ocho horas haciendo un trabajo que no sirve para nada, y volver por la tarde pensando que mañana se repite...

Él – No va a ser fácil. Intentaré acostumbrarme... Pero dígame, empiezo a dudar de mi cordura. Llevo treinta años trabajando aquí, y nunca había notado que hubiera un pasillo en ese sitio.

Ella – El pasillo siempre ha estado ahí, pero la puerta de acceso estaba clausurada.

Él – Ah, sí, es verdad. Había una puerta... Yo pensaba que era la puerta de un armario.

Ella – Reabrimos la puerta para que la gente que trabaja al otro lado pudiera venir a tomar café aquí. Como ya no tenemos máquina...

Él – Ya veo... Entonces, este pasillo lleva a...

Ella – Al cuartucho que han convertido en mi despacho, entre otras dependencias... Soy responsable de control de gestión. Audito la empresa de al lado.

Él – De acuerdo... Entonces usted trabaja para...

Ella – Para su nuevo jefe. Bueno, hasta esta noche. Compramos su empresa hace dos meses.

Él – ¿Entonces es a usted a quien debo mi jubilación anticipada?

Ella – Espero que no me guarde demasiado rencor...

Él – En absoluto... Más bien debería darle las gracias.

Ella – No me dé las gracias, por favor... No lo hicimos para abreviar sus sufrimientos, ¿sabe? Fue solo un recorte de personal tras una fusión-adquisición. Empezamos por suprimir una máquina de café de cada dos. Y luego hicimos lo mismo con los empleados...

Él – Ya veo... ¿Y usted? ¿Qué la anima a levantarse cada mañana?

Ella – No lo sé... Es verdad que este café es absolutamente asqueroso, pero me pregunto si no será un poco adictivo, al fin y al cabo. Cuidado, mañana por la mañana podría estar en síndrome de abstinencia. Venga, feliz jubilación...

Él – Gracias...

Él la mira marcharse.

6. Doble salón

Ella está allí. Él llega con aire preocupado.

Ella – ¿Qué tal? Pareces preocupado...

Él – Nada grave, te lo aseguro... Esperaba estar seguro para contártelo pero...

Ella – Me asustas, ¿qué pasa?

Él – ¿Te has dado cuenta de que nuestro salón es mucho menos profundo que la cocina?

Ella – ¿Perdona?

Él – La cocina está justo al otro lado, ¿no? Separada de nuestro salón por un tabique.

Ella – Sí, puede. ¿Y qué?

Él – Pues lógicamente, nuestro salón debería tener la misma longitud que la cocina.

Ella – ¿Y...?

Él – Faltan tres metros y medio.

Ella – ¿Tres metros cincuenta?

Él – Tres metros cincuenta y ocho, para ser exactos.

Ella – ¿Estás seguro?

Él – Absolutamente. Lo comprobé tres veces.

Ella – Es una casa vieja. En aquella época, puede que las paredes no fueran muy rectas.

Él – ¡Tres metros cincuenta y ocho! No hablamos de una pared un poco torcida ni de un tabique algo más grueso. Como el salón tiene seis metros de ancho, eso supone una habitación de más de veintiún metros cuadrados.

Ella – ¿Una habitación?

Él – Una habitación.

Ella – Me das miedo. ¿Una habitación tapiada, quieres decir?

Él – Sí. Se puede decir así.

Ella – Pero vamos a ver, llevamos veinte años con esta casa. ¿No nos habríamos dado cuenta de que faltaba una habitación?

Él – Las cifras están ahí. Lo comprobé tres veces.

Ella – Es una locura.

Él – Imagínate: todos estos años he tenido el despacho al fondo del garaje, entre la caldera y el congelador. ¡Y podríamos haber tenido una habitación de veintiún metros cuadrados para trabajar!

Ella – O un dormitorio para niños...

Él – Sí...

Ella – Pero ¿cómo es posible...? ¿Cómo se puede llegar a tapiar una habitación? ¿Por qué?

Él – No lo sé...

Ella – Da un poco de yuyu, ¿no?

Él – ¿Qué?

Ella – Saber que durante veinte años hemos pasado todas nuestras noches en este salón, sin saber que justo al lado había otro igual de grande, completamente vacío...

Él – Sí, bueno, vacío... no lo sabemos.

Ella – ¿Cómo?

Él – Puede que no esté vacío.

Ella – ¿No vacío? ¿Quieres decir... que los antiguos propietarios podrían haber escondido algo allí?

Él – ¿Por qué no? Si no, ¿por qué tapiar esa habitación?

Ella – ¿Qué se puede querer esconder hasta el punto de tapiar por completo una habitación de su casa?

Él – ¿Un tesoro?

Ella – Sería demasiado bonito...

Él – ¿Un cadáver...?

Ella – ¿Un cadáver?

Él – ¿Por qué no...?

Ella – ¿Veinte metros cuadrados para esconder un cadáver?

Él – Puede que hubiera varios...

Ella – O quizás no estaba muerto cuando lo emparedaron...

Él – Él o ella...

Ella – O los dos.

Él – ¿Y si los antiguos propietarios siguen ahí...?

Silencio sepulcral.

Ella – No estoy segura de poder seguir viviendo en esta casa, sabiendo que justo detrás de ese tabique puede haber uno o varios cadáveres...

Él – Es solo una hipótesis.

Ella – Sí, pero yo necesito estar segura.

Él – Tienes razón, hay que saberlo.

Ella – Y enseguida. No pasaré una noche más en esta casa sin saber qué hay en esa habitación.

Él – Yo tampoco...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – Yo me encargo...

Él sale. Ella lanza una mirada angustiada hacia el tabique, que corresponde al cuarto muro. Él regresa con una maza.

Ella – ¿Seguro?

Él – Hay que estar seguros.

Oscuro. Se oyen golpes de maza. La luz vuelve. Miran hacia la sala como a través de un boquete.

Ella – ¿Qué es eso?

Él – Un salón en perfecto estado, casi como el nuestro.

Ella – Ni rastro de polvo.

Él – Es increíble...

Ella – ¿Crees que alguien sigue viviendo aquí?

Él – No lo sé... Al mismo tiempo... Se parece mucho al salón de los vecinos.

Ella observa más atentamente.

Ella – ¡Es el salón de los vecinos!

Él – No entiendo... Debí equivocarme en los cálculos.

Ella – ¿Ah, sí...? Pues tendrás que explicárselo cuando vuelvan...

7. Aquí la Tierra

Ella y él están de pie, mirando al público, sin verse entre sí.

Ella – ¿Hola, Marte?

Él – ¡Hola, Tierra!

Ella – ¿Has reconocido mi voz? Y eso que hace tiempo que no hablamos...

Él – No tanto, exageras...

Ella – Espera, fue exactamente...

Él – Hace 110.000 años. Al comienzo de tu última glaciación. Te había llamado para saber de ti.

Ella – Es verdad. El tiempo pasa tan rápido.

Él – ¿Entonces ya estás mejor, te calientas un poco?

Ella – Sí, sí, tranquilo, estoy mejor. Solo fue un resfriado.

Él – Mejor, mejor...

Ella – Eso sí, desde hace un tiempo creo que he pillado otra porquería.

Él – ¡Otra vez! Vaya... Lo coges todo. ¿Desde cuándo lo tienes?

Ella – Oh, no mucho. Unos 10.000 años, más o menos.

Él – ¿Y qué enfermedad es?

Ella – La humanidad. Por lo visto, es un virus nuevo. Todavía no hay vacuna.

Él – ¿Y es grave?

Ella – Aún no se sabe muy bien cómo puede evolucionar.

Él – Vaya, qué mala suerte... ¿Pero estás bien?

Ella – De momento, sí. Solo llevo un siglo más o menos con un poco de fiebre...

Él – Calentamiento global... No lo dejes pasar. Podría empeorar...

Ella – Tienes razón. Si de aquí a cinco o diez mil años no mejoro, tendré que ponerme en tratamiento.

Él – Ya... Ten cuidado con los efectos secundarios, de todas formas. A veces, el remedio es peor que la enfermedad. ¿Te acuerdas cuando pillaste aquello...?

Ella – Los dinosaurios.

Él – Eso es. Te dieron un tratamiento de choque y...

Ella – Ah, sí, aquel meteorito... ¡Menudo supositorio! Casi no lo cuento.

Él – Bueno, después te libraste de ellos para siempre.

Ella – Sí, pero tardé bastante en recuperarme... Bueno, ¿y tú, cómo vas?

Él – Oh, yo, ya sabes... Igual que siempre... Y ahora no va a mejorar.

Ella – No digas eso...

Él – A mi edad...

Ella – ¡Tenemos la misma edad!

Él – Qué le vamos a hacer, es lo que hay.

Ella – A veces basta con una pequeña lluvia de asteroides durante unos cuantos millones de años, bien cargados de agua y sales minerales, y vuelta a empezar.

Él – Tienes razón, hay que mantener el ánimo.

Ella – Bueno, tengo que eclipsarme. Pero ten cuidado con ese virus, que parece muy contagioso.

Él – ¿Crees que podría llegar hasta aquí?

Ella – Dicen que la Luna ya está infectada. Cuídate.

Él – Tú también. Y no esperes otra eternidad para volver a llamarme.

Ella – Lo prometo.

Él – Venga, te doy un beso. Pero de lejos...

Silencio que marca el final de la conversación, luego ella tose y estornuda.

Ella – Vaya porquería, esta humanidad. Voy a tener que tratarme si no quiero que esto degenera. No quisiera acabar como este pobre Marte...

8. Inspección técnica

Ella se limpia las manos con un trapo lleno de grasa. Él llega.

Él – Buenos días. Vengo a recoger el coche que mi mujer dejó aquí hace una hora para pasar la inspección técnica.

Ella – ¿Cómo se llama?

Él – Clara. Clara Santos.

Ella – ¿Y el coche?

Él – Yo... todavía no le he puesto nombre, pero... es un coche pequeño y gris. ¿Está listo?

Ella – Ah, sí, el coche gris de la señora Santos. Ya sé cuál es...

Él – Y... ¿está listo?

Ella – ¿Listo...? Depende...

Él – ¿Depende? ¿Depende de qué?

Ella – Depende de lo que uno entienda por listo.

Él – Bueno... no sé. ¿Le ha hecho la inspección técnica?

Ella – Sí, he revisado el vehículo.

Él – ¿Y...? ¿Todo bien?

Un momento.

Ella – ¿Puedo hablarle con franqueza?

Él – Eh... sí.

Ella – Es un coche que no está pasando por su mejor momento.

Él – ¿Qué es lo que no va bien? ¿El embrague, verdad? Notaba que patinaba un poco al arrancar...

Ella – Sí, el embrague también. Pero no es eso lo que me preocupa.

Él – Más bien debería preocuparme a mí, ¿no? Entonces, ¿qué tiene exactamente?

Ella – Es difícil de decir... Es un estado general, ¿me entiende?

Él – No. ¿Podría ser más precisa?

Ella – Es un coche de segunda mano, ¿verdad?

Él – Sí, en efecto.

Ella – Y su anterior propietaria era una persona mayor.

Él – Sí, ¿cómo lo sabe?

Ella – Un coche con casi diez años, pero muy pocos kilómetros y bien conservado... Está claro que se pasó la vida bajo techo, en un garaje calentito. Casi no salía, lo cuidaban con cariño... Hasta que cayó en sus manos.

Él – ¿Y cómo sabe que su dueña era una mujer?

Ella – Por el embrague, precisamente. Las señoras mayores suelen mantener el pie sobre el pedal. No es culpa suya. Por eso el embrague está bastante gastado.

Él – Aquí el que empieza a fatigarse soy yo... Si me dijera exactamente qué reparaciones hay que hacer...

Ella – No es tan sencillo, me temo... ¿Ha muerto?

Él – Yo pensaba que era usted quien debía decírmelo. ¿Es tan grave?

Ella – Me refiero a la anciana a la que compró el coche. ¿Ha fallecido?

Él – ¡Pero si no tengo ni idea! Ni siquiera sé quién es esa señora. El concesionario donde compré el coche me dijo que la anterior propietaria era una señora mayor que apenas conducía.

Ella – En mi opinión, está muerta.

Él – ¿Mi coche?

Ella – Esa señora mayor.

Él – Pero bueno, esto es absurdo. ¿Qué clase de conversación es esta? Yo le pregunto si puedo llevarme mi coche, ¡y usted me habla de su antigua propietaria!

Ella – Es que los dos problemas están estrechamente ligados.

Él – ¿Ah, sí...?

Ella – Evidentemente, este coche nunca se ha recuperado de la desaparición de su antigua dueña.

Él – ¡Ni siquiera sabemos si ha muerto!

Ella – Yo diría que ha muerto.

Él – ¿Mi coche?

Ella – Se nota que duerme en la calle, ¿verdad?

Él – No tengo garaje. ¿Eso supone un problema?

Ella – Podría al menos darle un poco de cuidado de vez en cuando. Dejar un coche en un estado así no es cristiano.

Él – Esto es para una cámara oculta, ¿verdad? ¿Dónde está la cámara?

Ella – Le aseguro que esto no es ninguna broma. Los coches también merecen un poco de atención. Respeto. Incluso cariño.

Él – Bueno, basta de tonterías... ¿Puedo llevarme el coche, sí o no?

Ella – Tenga, aquí tiene el certificado de inspección.

Él – Gracias...

Ella – Y aquí las llaves...

Él – Muy bien.

Ella – Pero permítame decirle que usted no se merece este coche.

Él – ¡Es el coche de mi mujer!

Él se dispone a marcharse, furioso.

Ella – ¡Y no se olvide de cambiar el embrague!

Él sale.

9. Esperar

Ella está allí. Él llega.

Él – Perdona, ¿usted forma parte de...?

Ella – No.

Él – Ya veo. Entonces, ¿usted también...?

Ella – Sí.

Él – ¿Y lleva mucho esperando?

Ella – ¿Mucho?

Él – No, porque yo morí hace ya más de una hora y... sigo esperando.

Ella – ¿Y qué es lo que espera, exactamente?

Él – No lo sé... Que se ocupen de mí.

Ella – ¿Que se ocupen de usted?

Él – Había ido a Urgencias porque no me encontraba bien... Esperé cinco horas hasta que alguien me atendió. No entiendo por qué lo llaman Urgencias. Si me hubieran visto enseguida... De hecho, supongo que por eso estoy aquí...

Ella – Seguramente.

Él – Tengo la sensación de haberme pasado la vida esperando. Dicen que nos pasamos un tercio de la vida durmiendo; pues yo creo que otro tercio lo he pasado esperando. Al autobús, a mi mujer, a que llegara la hora, a que llegara el momento, a que me recibieran, en el médico, en el dentista, en la peluquería... Esperando las vacaciones, la jubilación...

Ella – Si no le gusta esperar, aquí no va a mejorar.

Él – ¿Cree que esto va para largo?

Ella – La eternidad.

Él – ¿La eternidad? ¿Quiere decir... para siempre?

Ella – Cuando uno está muerto, es para siempre, ¿no?

Él – Entonces vamos a esperar así hasta...

Ella – Le aconsejo que deje de esperar... y que borre de su vocabulario todas las palabras relacionadas con el tiempo. Ayer, hoy, mañana... Desde cuándo, hasta cuándo, durante cuánto tiempo... Y, sobre todo, sobre todo, la palabra «urgencia».

Él – Ya veo lo que quiere decir, pero... algo tendrá que pasar algún día, ¿no?

Ella – No.

Él – Bueno... entonces, ¿qué hacemos?

Ella – Nada. No hacemos nada. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? ¡Estamos muertos!

Él – No sé... ¿Entonces no va a pasar nada y no podemos hacer absolutamente nada?

Ella – Sí. Hay una sola cosa que puede hacer aquí.

Él – ¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

Ella – Hacerse el muerto.

Él la mira perplejo.

Él – Bueno...

Ella – ¿Qué se imaginaba? ¿La vida eterna?

Él – Esperaba al menos librarme de la muerte eterna... ¿Entonces eso es el más allá?
¿No hay nada después?

Ella – Nadie lo sabe. Cuando hayamos perdido por completo la noción del tiempo, cuando lo hayamos olvidado todo, incluso quiénes fuimos, puede que nos reciclen. Nuestra alma en descomposición se convertirá en abono para que algún día broten otras semillas. Pero ahora... quiero decir, para siempre, en lo que a nosotros respecta... tenemos que hacer el duelo por nosotros mismos.

Él – De acuerdo... (*Un momento*) Entonces, ¿hay al menos una pequeña esperanza de salir de esto?

Ella le lanza una mirada perpleja.

10. El cuadro

Él está allí. Ella entra con un cuadro: el retrato de una joven. Parece más un mamarracho que una obra maestra, pero luce un marco dorado.

Él – ¿Y este espanto?

Ella – Estaba colgado sobre la cama de mi bisabuela, en la residencia. Cada vez que iba a verla me repetía que, cuando muriera, el cuadro sería para mí...

Él – Muy generoso por su parte. Sobre todo teniendo en cuenta que, aparte de esta birria, no dejó nada más a nadie...

Ella – Mi madre fue ayer a vaciar la habitación. Me dio el cuadro.

Él – Es un retrato... ¿Quién es?

Ella – Mi tatarabuela, creo...

Él – Era bastante guapa... de joven. Se te parece un poco.

Ella – ¿De verdad?

Él – ¿Y qué piensas hacer con él?

Ella – No sé... Tampoco puedo tirarlo...

Él – No, claro... De ahí a colgarlo en el salón...

Ella – Podríamos colgarlo encima de nuestra cama...

Él – ¿Estás de broma?

Ella – Evidentemente...

Él – ¿Cuándo nació tu bisabuela?

Ella – En 1910, en Auvers-sur-Oise, el pueblo donde murió Van Gogh.

Él – ¿En Auvers? ¡Increíble! Si hubiera nacido veinte años antes, habría podido conocer al propio Van Gogh.

Ella – Siempre contaba que su madre lo conoció bien.

Él – ¿No me digas...? ¿A Van Gogh?

Ella – Sí.

Él – Pero cuando dices “conocer bien”...

Ella – No sé.

Él – Si resulta que eres la tataranieta de Van Gogh...

Ella – Quién sabe...

Él – Y como no tiene otra descendencia conocida, serías la heredera de su fortuna.

Ella – ¿Su fortuna?

Él – Sí, tienes razón... Los que compraron sus cuadros ahora son ricos, pero él murió en la miseria. ¿Y este cuadro...?

Ella – Mi bisabuela decía que lo heredó de su madre...

Él – ¿Pero de dónde salió? ¿Quién pintó este cuadro?

Ella – No lo sé.

Él – ¿No está firmado?

Ella – No... O quizá la firma ya no se ve.

Él – ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Ella – Sí... Pero no, no es posible...

Él – Si tu antepasada lo conocía bien... Nadie quería sus cuadros y él no tenía un céntimo. Seguro que pudo regalar uno a cambio de un plato caliente. Y si encima le dejaban echar un polvo, imagínate...

Ella – ¡Ya puestos, llama puta a mi tatarabuela!

Él – No digo eso, pero... pudo ser un pequeño regalo.

Ella – No, y además lo has dicho tú mismo, mira, ¡es una birria!

Él – Francamente, he visto algunos cuadros en museos... Si no supiéramos que estaban firmados por grandes maestros... ¿Qué sabemos nosotros de pintura?

Ella – Tienes razón... Habría que hacerlo tasar...

Él – Imagínate: un Van Gogh. Aunque fuera uno de los peores, valdría millones.

Ella – No hay que ilusionarse demasiado tampoco...

Él – Sí... Después de todo, quizá sea mejor dejar la duda. Soñar un poco más, en vez de romper el encanto enseguida.

Ella – Sin contar con que una tasación no debe de ser barata. Todo para que nos digan que es la obra... de un pintor dominguero.

Él – Pero entonces, casi me dan ganas de colgarlo encima de nuestra cama, ahora.

Ella – ¿Por qué?

Él – No sé... Pensar que Van Gogh pudo pintarlo para acostarse con tu tatarabuela... Y que ahora valga millones. ¡Sería el polvo más caro de la historia!

Él coge el cuadro para mirarlo.

Ella – Yo no estoy segura de que eso me motive mucho.

Él – Pesa una tonelada este cuadro, ¿no?

Ella – Es verdad, yo también lo noté.

Él – Al final, no creo que sea buena idea colgarlo encima de la cama. ¿Y si se nos cae encima...?

Ella – ¿Por qué es tan pesado este cuadro?

Él – No es el lienzo, tiene que ser el marco...

Ella – Normalmente, los marcos son de madera...

Él – Para ser de madera, pesa demasiado.

Ella – O entonces es de hierro fundido.

Él – ¿Un marco de hierro fundido? Y además no tiene el color del hierro fundido.

Ella – Quizá sea pintura.

Él rasca un poco el marco con la uña.

Él – Parece que no...

Ella – ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Él – Sí... solo conozco un metal que sea dorado.

Ella – Si es oro macizo, ahí tenemos por lo menos un lingote.

Él – Al final va a resultar que el cuadro sí tiene valor.

Ella – En cualquier caso, siempre podemos soñar...

11. Matrícula de honor

Están de pie frente al público.

Ella – Bueno, ya está. Ya tenemos el título de Bachillerato.

Él – Sí... Con matrícula de honor en coronavirus.

Ella – Nuestros abuelos aprobaron en Mayo del 68. Nosotros, en plena pandemia.

Él – Aquella vez aprobaron todos porque las calles estaban llenas de manifestantes que reclamaban más democracia. Ahora, con el confinamiento, ni siquiera podemos salir a protestar contra el estado de emergencia.

Ella – Por no hablar del auge de los regímenes autoritarios en Europa. Antes de la caída del Muro, Hungría era uno de los países más abiertos del bloque soviético. Ahora aspira a ser uno de los más autoritarios de la Unión Europea.

Él – Ya lo decía Einstein: todo es relativo. A lo mejor no han cambiado tanto los húngaros; lo que ha cambiado es el mundo que los rodea.

Ella – La historia lo demuestra: Hungría es el termómetro de Europa. Si Hungría tiene fiebre, Europa está enferma.

Él – Y, si me permites la expresión, esta vez el termómetro nos lo han metido por el culo.

Ella – Sí...

Él – Nunca hay que olvidar las lecciones de la historia.

Ella – Quien olvida la historia está condenado a repetirla.

Él – Parece una pregunta del examen de Filosofía.

Ella – Menos mal que este año no tendremos que hacerlo.

Él – Pues, al final, no se nos da tan mal la historia.

Ella – Por algo hemos aprobado el Bachillerato.

Él – Me pregunto qué clase de título les darán a nuestros nietos.

Ella – Lo que está claro es que no valdrá lo mismo un diploma de un instituto de élite que el de uno del que nadie ha oído hablar.

Él – Te lo digo yo: estamos bien jodidos.

Ella – ¿Y qué podemos hacer?

Él – No sé. Las revoluciones no funcionan. Las reformas, tampoco.

Ella – Después de cada crisis nos prometen que nada volverá a ser como antes.

Él – Y, en cierto modo, tienen razón. Después siempre es peor.

Ella – Entonces, ¿qué nos queda?

Él – El amor. *(Sin mucho convencimiento)* ¿Quieres salir conmigo?

Ella – Es la peor declaración de amor que he oído en mi vida.

Él – Además, ni siquiera podemos salir. Seguimos confinados.

12. Los fantasmas

Él mira por un telescopio dirigido hacia el público. El personaje puede ser un niño o un adulto que interpreta a un niño. Ella es su madre o su profesora.

Ella – ¿Ves esa estrella hacia la que he dirigido el telescopio?

Él – Sí.

Ella – Alrededor de esa estrella giran planetas.

Él – Sí, los veo.

Ella – Uno de esos planetas es habitable, y está habitado.

Él – Lo veo.

Ella – Sus habitantes se llaman seres humanos.

Él – Los veo.

Ella – Y consiguieron volver su planeta inhabitable.

Él – ¿Y entonces?

Ella – Entonces todos murieron.

Él – ¡Pero si los estoy viendo!

Ella – Porque ese planeta está a millones de años luz del nuestro. Lo que ves pertenece al pasado: en realidad, ya están todos muertos.

Él – Entonces, los que veo no son más que fantasmas.

Ella – Sí. El último murió hace cien mil años.

Él – Es curioso.

Ella – Sí.

Él – Pero entonces, ¿cómo sabes que han muerto? La imagen del fin de su mundo todavía no ha llegado hasta nosotros...

Ella – La teletransportación cuántica es instantánea. No obedece a las leyes del espacio-tiempo. Hace un mes teletransportamos una sonda hasta allí. No encontramos ni rastro de vida en la superficie.

Él – Un suicidio colectivo... ¿Pero por qué hicieron eso?

Ella – No lo sabemos.

Él – ¿No lo sabemos?

Ella – No. Y eso que hemos realizado descubrimientos científicos extraordinarios. Pero hay algo que todavía no logramos comprender. Es uno de los misterios del universo que nos quedan por resolver.

Él – Los fantasmas de una humanidad desaparecida, en una Tierra que ellos mismos convirtieron en desierto... Voy a seguir observándolos un poco más, a ver si consigo entenderlo...

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*